



EL ARTE DE TRANSFORMAR

Catalina Hornos

Amor en acción

Con sus 29 años, esta joven porteña lleva adelante en Añatuya, Santiago del Estero, la ONG **Haciendo Camino**, que busca mejorar la calidad de vida de niños y familias en situación de vulnerabilidad. Además, tiene la guarda judicial de 21 chicos.

TEXTO LAURA EIRANOVA

Nací en Buenos Aires, en un hogar de clase media, fui a colegios privados, y siempre escuchaba a todos decir que estábamos peor que nunca. Yo me preguntaba, '¿para qué se quejan?', ¿que hagan algo para cambiar esa realidad!'. Me prometí no quejarme nunca y que, si algo llegara a no gustarme, haría lo que estuviera a mi alcance para modificarlo." Y así fue.

La bella y serena Catalina Hornos creció en un entorno que no le fue adverso; todo lo contrario. Familia acomodada, un hogar

en el coqueto barrio porteño de Recoleta y una vida sin sobresaltos. Pero un día se topó de cara con la incomodidad y decidió no mirar para otro lado.

En verdad, reconoce, en su familia tuvo muchos ejemplos de generosidad, y de respeto y cuidado hacia los demás que, silenciosamente, la fueron marcando. Mientras cursaba la secundaria, en un colegio de monjas, hacía campañas y colectas para chicos del interior del país. En cuarto año, empezó a misionar y así, dice, conoció una realidad muy distinta, que le dolió mucho.

Sin embargo, Catalina asegura que, en el

último año de la carrera de Psicopedagogía que cursó en la Universidad Católica Argentina, “empezó todo”. Fue cuando viajó a Añatuya (en el sur de la provincia de Santiago del Estero) para trabajar como voluntaria en una escuela albergue que corría el riesgo de cerrar por falta de recursos.

“Me acuerdo que la responsable de la escuela decía: ‘Necesitamos una psicopedagoga que se quede, no que venga un fin de semana y se vaya’. Ese mismo día, mi primero en Añatuya, me comprometí a volver para quedarme. Y así fue. Sentía la necesidad de compartir un poco más de tiempo con la gente. Me parecía la mejor manera de conocerlos, de entenderlos y de poder ayudarlos”, cuenta.

Catalina empezó buscando padrinos que, desde Buenos Aires, pudieran sostener los gastos de los chicos; después, sumó amigos y familiares que comenzaron a viajar junto a ella y a hacer un frente común contra el peor enemigo: la desnutrición infantil. “Una noche que regresé a mi casa, en Buenos Aires, mientras comíamos una pica-da muy rica, no podía sacarme de la cabeza al chico que la semana anterior había muerto por desnutrición”, recuerda. En su relato, se van hilvanando otras angustias: “Me sensibilizaba mucho ver la cantidad de personas que no tenían asegurado un plato de comida; la falta de oportunidades de trabajo, de acceso a un buen sistema de salud y de diagnóstico de enfermedades curables; y la baja calidad educativa en la mayoría de las escuelas, a veces con docentes muy comprometidos, pero con pocos recursos”, enumera.

Lo que vino después fue un crecimiento sin escalas que requirió la creación de una asociación civil para canalizar todo el trabajo. Eligieron el nombre Haciendo Camino porque, sin dudas, había que construir una ruta por donde transitar. Así fue que, de la mano de la Cooperadora para la Nutrición Infantil (Conin), la entidad inauguró en el 2009 su primer Centro de Prevención de Desnutrición Infantil y Promoción Humana en Añatuya.

“Trabajamos para mejorar la calidad de vida de niños y familias en condición de vulnerabilidad. Hubiera sido tal vez más efectivo poner un comedor, pero trabajamos sobre la madre, en formarla para que sea la principal agente de salud de su hijo, y para que pueda modificar sus condiciones de vida, administrarse mejor, saber cocinarle lo que es bueno para él y que, cuando tenga otro hijo, pueda criarlo de una manera diferente y no esté desnutrido”, describe.

La experiencia de Añatuya fue replicada luego en otros cuatro centros diseminados por la provincia (en Santiago capital, y en

Actualmente, la organización tiene cinco centros de prevención de la desnutrición infantil y de promoción humana en Santiago del Estero.



“Ese mismo día, mi primero en Añatuya, me comprometí a volver para quedarme. Y así fue”, asegura.



las localidades de Monte Quemado, Colonia Dora y Herrera). Allí, el año pasado, un total de 1.793 niños recibieron tratamiento nutricional, pediátrico y estimulación temprana (y varios de ellos, también, educación y albergue). Además, estiman, hubo más de 15 mil beneficiarios indirectos de esa tarea. Los objetivos, sin embargo, no se quedan ahí. “Queremos seguir abriendo centros, seguir creciendo y perfeccionando los servicios que se ofrecen en ellos”, sostiene.

Más allá de las cifras y los proyectos, Catalina (“la Cata”, como la llaman todos) se conmueve con resultados concretos: “Me gratifican los casos de chicos que ingresan al hogar, después de vivir experiencias traumáticas, como abusos, violencia, abandono y, a medida que avanzan las semanas y los meses, aprenden a vincularse de otra manera, recuperan las ganas de jugar, vuelven a mirar a los ojos, confían en nosotros y vuelven a sonreír”, relata.

Esas imágenes no solamente las ve en su tarea cotidiana sino también en su propia casa. A sus 29 años, Catalina Hornos tiene la guarda judicial de 21 menores. Admite que, al principio, la misión fue difícil porque se trata de niños que no tienen hábitos básicos incorporados. “Tienen que aprender a ir al baño, a higienizarse, a comer en la mesa; pero, de a poco, voy ganando experiencia, y aprendiendo cómo ayudarlos a adaptarse, cómo contenerlos. Además, ellos son muy solidarios, se acompañan, se enseñan y se cuidan entre todos.”

En ese contexto, no imagina otra vida para ella. En pareja con un médico de Buenos Aires —que tiene su propia ONG—, la psicopedagoga asegura que no añora ni extraña lo que ella misma define como su “vida de antes”. “Todo lo que uno hace lo marca y deja huellas. Cuando conviví mucho tiempo con otra realidad, uno tiene otros valores, y otra mirada frente a la vida y los demás. Aprende a aceptar más, a juzgar menos, a confiar en que la gente puede cambiar. De todos modos, más allá de dónde viva y de qué trabaje, me gustaría mantener siempre la actitud de servicio y poner todo lo que tenga, en tiempo, conocimientos, recursos, a disposición de los que lo necesiten.”

Así lo dijo hace unos meses en Córdoba, donde conmovió con sus palabras y su historia a los participantes de uno de los ciclos de conferencias TEDx, y así lo repite ahora: “Tenemos que organizarnos, trabajar para salir de esa postura de la queja y recordar siempre lo dicho por Gandhi: lo malo, en este mundo, no es la maldad de los malos, sino la pasividad de los buenos”.

i DATOS ÚTILES

Haciendo Camino
www.haciendocamino.org.ar
info@haciendocamino.org.ar